

CUENTOS

CIELOS DEL SUR, por *Luis Durand*.

El caso de Luis Durand es singular en las letras nacionales. Sin haber hecho ese noviciado que corta tantas ilusiones, ni deambulado por diversos caminos en busca del suyo, Durand se entrega a la literatura en plena sazón intelectual, pasado la treintena, cuando ya el espíritu ha adquirido ese lastre de experiencias humanas que sólo la vida puede dar. Así se explica que desde la aparición de su primer libro haya conquistado un número no despreciable de lectores, habiendo recibido, además, juicios encomiásticos de parte de los críticos. «Tierra de Pellines», su obra primeriza, le acreditó como ciudadano de nuestra reducida república literaria. Después «Campesinos», afianzó su calidad de cuentista ameno que interpreta cordialmente el campo y el alma criolla. Y ahora su último libro «Cielos del Sur» (1), sin que le agregue nuevos prestigios, lo mantiene en el sitio expectable que sus obras anteriores le habían señalado.

Luis Durand es un criollista, es decir, es un escritor que encuentra en la vida auténticamente nacional, el motivo de su arte novelesco. Su lente de objetivación lo pasea a través de nuestro pueblo, sea campesino o ciudadano, presentándolo lo más fielmente posible, de suerte que recibimos mediante sus relatos una visión exacta de nuestra realidad.

Se ha dicho, no sin razón, que la verdadera literatura indoamericana es aquella que se inspira en lo autóctono; mientras más diferentes sean nuestras obras literarias de las europeas, tanto mayor valer artístico tendrán, dicen los pregoneros del criollismo. Nosotros, que creemos que el arte no debe encapillarse en sectas o tendencias excluyentes, pensamos—acaso con un criterio simplista—que las obras novelescas se dividen solamente en dos grupos: las amenas, livianas, que se leen con interés, sujetando al lector; y las pesadas, soporíferas, que no

(1) Editorial Cultura.—Santiago de Chile 1933.

se leen o se leen dificultosamente. Poco importa donde el escritor encontró el motivo de su inspiración; sea en Shangay o en Pailahueque nos es lo mismo, siempre que la realización artística sea lograda.

Respecto al sentido criollista de que está insuflada la literatura de Durand, cabe advertir que en él esta tendencia no ha nacido de un deseo preconcebido de enderezar su arte por este camino, ni de creer que sólo en la pintura de nuestro campo está la verdadera novela chilena. El criollismo de Durand es espontáneo, mana de su espíritu como de una fuente natural; lo lleva dentro de su alma, de manera que al escribir no hace más que aflorar la emoción latente en su subconsciencia.

En este libro de Durand hay también cuentos de carácter urbano; tanto en éstos como en los de carácter campesino predomina la nota sentimental. Son pequeñas tragedias de amores un tanto románticos las relatadas por Durand, en un estilo sedante, poético, donde la frase se desliza suavemente como un crepúsculo lento que fuera, poco a poco, tiñendo de nostalgia y de quietud la naturaleza, y que provocara en nuestras almas vagas ensoñaciones...

La mayor parte de los cuentos están ubicados en el campo sueño, en esas regiones que Durand conoce y ama profundamente. En las descripciones nuestro autor, no se pierde en detalles insignificantes ni ellas tienen mayor extensión que la indispensable para dar vigor a la evocación. El paisaje descrito concuerda con el estado psíquico de sus personajes; le diría que la naturaleza se ha adentrado en sus almas, es decir, en la propia alma de Durand, ya que cada uno de sus héroes tiene algo del padre que los concibió. Ya lo dijo Amiel: «El paisaje es un estado del alma».

Una tarde la encontró en el jardín. Era un atardecer melancólico. En un faldeo próximo un rebaño echó a volar sus baliños temblorosos en la onda del viento impetuoso. Entre el junquillar de las vegas cercanas una bandada de gansos graznó estrepitosamente. Las copas de los robles se abatían numerosas, y los álamos del callejón, doblegaban sus filas erguidas, en un arco pensativo. Era la tristeza del campo, momentos antes de la tormenta que se avecinaba... (pág. 31).

Así, en casi todas sus descripciones encontramos este mismo tinte melancólico; hay ulular del viento, gotear isócrono de la lluvia, ladrido plañidero de un perro a la distancia... Por eso creemos que Durand abusa un tanto de ese tono sentimental que lo mantiene al borde de la sensiblería; pero su fuerte temperamento de artista de verdad le retiene de desbarrancarse por ese abismo del mal gusto.

De entre los cuentos que forman este libro, debemos señalar nuestra preferencia por «Los ojos azules», que bien podría seleccionarse como uno de los mejores aportes a nuestra incipiente literatura infantil. También merece señalarse «La última noche»; hay simbolismo en este relato. El victoria representa una época romántica y amorosa que se va empujada por el automóvil, inquieto y estridente, como los momentos en que vivimos. A través de los relatos se advierte el espíritu de Durand de cordial simpatía por las clases desamparadas y sufrientes.

Si no creyéramos en las condiciones de escritor que posee Durand pasaríamos por alto—con una benevolencia que nuestro autor no aceptaría—algunos deslices gramaticales que bien podrían subsanarse, ya que son debidos más bien a descuidos que a ese desconocimiento del idioma, con lo cual se habría evitado darle pasto a esos críticos que escarmanan en un afán morboso de encontrar defectos. Así, por ejemplo, no se usa el verbo haber como verbo impersonal, cuando significa existencia; se coloca en la segunda persona del singular del pretérito indefinido; abundan las consonancias, etc., etc. Deslices que en ningún caso aminoran el mérito de esta obra. Porque Durand es un escritor de temperamento, que domina la técnica del cuento y que posee el secreto de despertar interés y de sujetar al lector.—*Milton Rossel.*